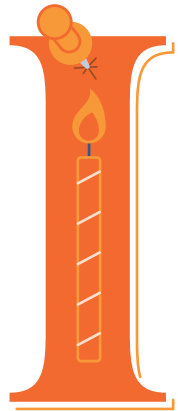


# Por qué los programas universales son buenos



Imagina que tienes siete años. Llegas a la fiesta de cumpleaños de tu amiga Sara. Hoy cumple seis años. En la esquina de la sala hay un gran pastel.

Después de que Sara sopla las velitas, su mamá le dice a los niños que para comer pastel, van a tener que ponerle la cola a un burro de papel en la pared. Al que acierte le tocará la porción más grande de pastel, al que quede segundo te tocará una porción más chica, y así sucesivamente.



Así es cómo dividimos las cosas que todos tenemos que tener. Hay niños que, según donde viven, van a mejores escuelas que otros. Hay gente que, según donde trabajan, tienen mejor atención médica que los demás.

Pero todos necesitamos atención médica y educación. Igual que todos los niños en una fiesta de cumpleaños necesitan pastel.



El burro está puesto alto en la pared, así que solamente Johnny, tu amigo más alto, puede alcanzarlo. A él le toca una porción grande de pastel. Ellie, la hermana menor de Sara, es demasiado bajita para alcanzar al burro y se queda sin pastel.

Johnny come tanto pastel que le agarra dolor de barriga y Ellie se pone a llorar porque no le tocó nada de pastel.

Suena ridículo? Sí, no? Había suficiente pastel para que todos comieran una porción. No había necesidad de que nadie se sintiera mal o se quedara sin pastel.



Ilustraciones de Paul Zappia  
Texto de Daphna Thier y Marianela D'Aprile